

viva, que en algunos momentos aquella jovialidad, se me hacía extraña y penosa como una alegría de locos y me despertaba una compasión llena de afecto, como se experimentaría al asistir á un recreo en un hospicio de niños tuberculosos.

Y fuí con este pensamiento hasta la plaza, donde nos separamos, y desde la que cada uno se dirigió solo á su casa, llevando su mónstruo sobre los hombros.



LAS DISCUSIONES



LAS DISCUSIONES



Las discusiones son los escollos de la amistad.

Discutimos mal. Dicen que son un ejercicio útil de la mente: en la mayor parte de los casos, no es verdad.

Dejamos aparte aquel trabajo complejo y delicado de la razón, por el cual tiene ésta necesidad de acicalar sus instrumentos y de despremiar las mil dudas que le vanderás; no se puede hacer esto en una discusión viva y animada en la cual es preciso al mismo tiempo defenderse y no expresar sino á medias el pensamiento y ántes responder mal que tomarse tiempo de pensar en la respuesta.

Dejamos que en esta clase de discusiones, el hablador de ventaja que tiene agudeza y frase flexible, derrote casi siempre al razonador lento y profundo y

el hombre de mundo haga cerrar la boca al solitario, y el desvergonzado derrote al soberbio.

Hay períodos de tiempo en los cuales trabajamos más recogida y más intensamente con la inteligencia y son aquellos en que estamos ménos inclinados y menos aptos para discutir, en que los argumentos de discusión entre amigos son casi siempre forzados, y un noventa y nueve por ciento, indeterminados ó frívolos ó espinosos, y en que casi todas las discusiones nacen fuera de lugar y de tiempo.

El mayor mal es que después de las primeras palabras, aun entre los amigos más sensatos, entra de por medio el amor propio que lo corrompe todo.

Y se comprende: nosotros nos resignamos pronto á reconocer en otros la superioridad de la agudeza, de la doctrina y de la facundia; pero reconocer que razone mejor, ó sea, que tiene mayor inteligencia y mejor sentido, que es lo mismo que decir que es más hombre que nosotros. eso es harina de otro costal.

Apénas trabada la disputa, el sujeto por sí mismo no es más que lo que es en nuestro corazón; no se apresura tanto en persuadir al adversario, como en acabar de cualquier modo; la pasión nos confunde la cabeza y la conciencia de tal modo, que á cierto punto no recordamos siquiera exactamente del grado

de convicción con que hemos empezado á discutir: no queremos vencer por vencer, sino por vengarnos de algo irritante y ofensivo que hemos percibido en el tono ó sobreentendido en las palabras de nuestro adversario; y aun estando convencidos de tener razón, no combatimos de buena fé y en buena guerra; y cuando hemos vencido con el derecho de vencer, nos vamos casi siempre un poco avergonzados de la confusión de buenas y malas razones, de las afirmaciones aventuradas, de las palabras vacías, de los subterfugios mezquinos, de las groseras estratagemas á que nos hemos visto precisados á recurrir.

Para persuadirnos basta recordar las discusiones tenidas con uno sólo de nuestros amigos, y echar la cuenta de si en aquellas en que hemos conseguido alguna cosa, son en mayor número ó nos compensan de aquellas en que hemos salido irritados y arrepentidos de haberlas provocado ó aceptado.

Un tercio de nuestras amistades serían más sanas y otra tercera parte no habrían terminado, si hubiéramos echado tierra sobre toda discusión desde el primer momento.

Decimos.—Pero... ¡las convicciones!

A propósito: las verdades de que estamos convencidos, las opiniones en que nos sentimos verdaderamente fuertes, son tan pocas, que limitándonos

á discutir sobre éstas, no tendríamos jamás ocasion de discutir.

Discutimos á cada momento por vanidad, por ligereza, por obstinacion, por esto razonamos mal.

¡Con qué hermoso arte argumentamos, por el contrario, y con qué paciencia de santos, y con qué exquisita morbidez de modales, cuando queremos inducir á nuestros amigos á una persuasion que nos debe alejar un daño ó reportar un beneficio!

*
* *

Pero no tiene nada de fácil evitar las discusiones con los amigos.

La generalidad os caen como tejas sobre la cabeza. Del modo que sigue, por ejemplo.

Hé aquí el tipo de un grandísimo número de disputas imprevistas, que acaban de mala manera. Lanzais un juicio cualquiera acerca de un objeto. El amigo os hace observar que no teneis razon.

El reconocer súbitamente que él la tiene, es confesar haber hablado al aire como un niño, y estar acostumbrado á no dar ningun peso á las propias palabras: por esto entre serio y broma sosteneis vuestro juicio.

El amigo se defiende con buenas razones; y el encontrarlo de este modo preparado, más lógico y más fuerte que vosotros, sobre aquel punto en que no esperábais una discusion, os pellizca un poco el amor propio y despierta en vosotros una ligera rábia, que con la acostumbrada equidad de

amor propio, quereis desfogar sobre él, aunque no tenga culpa ninguna.

No teniendo sólidas razones que oponerle, quereis falsear los términos de la cuestion, delicadamente, para ponerlos en un campo más favorable.

El juego no es lícito y el amigo se resiente un poco, porque es como darle una media patente de buey y creer cosa fácil cambiarle las cartas de la mano, y os dice:

—No, tú cambias los términos.

Pero esto es una forma decente de una acusacion de deslealtad que os hiera, y no hay más medio de librarse de ella, que sosteniendo lo contrario; es decir, que no habeis cambiado nada y que él es quien ha entendido mal; ó sea, dando otro paso en falso en el camino falso.

Nuestra obstinacion empieza á irritar al contradictor, y lo irrita más, porque, hagais lo que querais, él está persuadido de que conocéis el mal juego y lo da á entender con una sonrisa que significa:

—Harías bien en dejarlo.

Aquella sonrisa, tómese como se quiera, es una sonrisa de compasion.

Entonces os interesa más dilucidar si teneis ó no razon.

Quereis hacerle pagar aquella sonrisa á cualquier

precio, quitaros aquella espina de la garganta de cualquier manera; seguis adelante, con la voz un poco ronca por la emocion, sacais las razones con los dientes, os defendeis, insultais, amontonais burlas sobre burlas.

Para vuestra desgracia, en el momento en que estareis á punto de cambiar la hoja para rehuir dificultades, el amigo se ha sobrecogido por un argumento que tiene apariencia de buena razon y que le sella por algunos momentos la boca; y este peligro que él corre de verse batido con un golpe de mano, estando bien cierto de llevar la razon, hace crecer su rabia, que le hace salir, no de los términos, sino del tono general de la conversacion.

Y héos aquí creyéndoos, en cierto modo, hácia él, con un poco de razon que nada tiene que ver con la razon sustancial de la disputa, pero que os gusta confundir con aquella, dando como calor de conviccion el calor de vuestro resentimiento.

En tanto la discusion es llevada con violencia por las dos partes y se alejan de su primer argumento, se confunden, se dividen y nacen por las dos partes, como pequeñas serpientes, otras discusiones secundarias, más aceradas que las primeras: las voces se levantan y las interrupciones se hacen más frecuentes y más secas: casi no os escuchais uno á otro; mien-

tras uno habla, el otro prepara sus contestaciones sin escucharos; á los argumentos suceden las exclamaciones de estupor y las sonrisas forzadas, los movimientos de hombros, las miradas que quiereu decir:

—¿Hablas en sério ó te estás burlando?

Cada cual dirige todos sus esfuerzos á encontrar lo más rápidamente la frase que con menor número de palabras ó salvando mejor las conveniencias, vaya á herir más directa y agudamente el amor propio del adversario...

A esto se reduce casi siempre la llamada "gimnástica de la inteligencia,"—apenas á un canto de peseta de convertirse en gimnástico de los puños.

*
* *

Pero ¿no es verdad que es singularísimo, como recordamos limpiamente, aun despues de muchos años despues, las emociones de estas disputas ardientes con los propios amigos?

El pulso late violentamente, se vé todo en confuso, se vá mucho rato por la calle sin darnos cuenta; nada importa que la gente nos oiga, ni que se vuelva á mirarnos y á sonreir: el humo del orgullo inflamado, nos lo esconde todo.

De vez en cuando las discusiones se interrumpen un momento, y en aquel silencio sentimos nuestra respiración afanosa que inútilmente nos esforzamos por reprimir, por la vergüenza de parecer agitados de aquel modo.

Despues se empieza de nuevo con más fervor, echando á fuera, con fuerza, todos aquellos argumentos que se han ataviado á la ligera en aquella brevísima tregua.

Nosotros mismos quedamos maravillados del tor-

rente de palabras que afluyen á nuestra boca, precipitadas, acumuladas, apañadas, vibrantes, y del torbellino de ideas que dá vueltas en nuestra cabeza.

Mil sentimientos malévolos y tristes suben desde el fondo del ánimo perturbado, como limo del fondo de un agua agitada. Y vociferamos los dos, sin mirarnos, por no tenernos que avergonzar viendo el uno sobre el rostro del otro reflejada toda entera la innoble rabia que nos circula por las venas y que todavía logramos disimular, en parte, en las palabras.

Y las palabras, en efecto, no bastarían por sí solas para dar razon de aquella exasperacion bestial.

Pero en el sonido de la voz y en las reticencias y los temblores de la persona, uno adivina los pensamientos y los movimientos más íntimos del otro, las injurias detenidas en la punta de la lengua, los ímpetus involuntarios reprimidos, la satisfaccion y los peligros de una venganza lejana acariciada en secreto.

Sentimos que dentro de nosotros nos arrojamus uno á otro palabras sangrientas, de las que una sola, dicha en voz alta, bastaría á hacernos perder la luz.

*
* *

Y en medio de aquella ira, pasa por nuestro corazon de vez en cuando un sentimiento de tristeza y de piedad por nosotros mismos:

—¡Hé aquí, pues, lo que es la amistad, de la que tenemos llena la boca! ¡Hé aquí lo que son nuestros afectos, cuando se desencadena el mónstruo ciego, sordo y furioso, que se encuentra agazapado en nuestra alma!

La discusion ha sido rota finalmente: uno ha hecho punto con una mueca; el otro que no esperaba otra cosa, ha saltado de punto en blanco á otro asunto con gran premura, para evitar que la conversacion recaiga en el primero.....

Pero durante un rato estamos muy mal, con la sangre revuelta, con los labios trémulos, con la voz todavía conmovida, discurrendo forzadamente con bellaca afectacion de naturalidad, de cosas indiferentes, mientras con el pensamiento procuramos cu-

rarnos las heridas y medir el extrago hecho en nuestra amistad, atronados todavía por el eco de nuestros gritos de mal gusto y humillados de nuestros movimientos de brazos.

*
* *

La dificultad está, cuando se siente no tener razón en una disputa, en coger el momento psicológico oportuno para retirarse.

Pero esto es muy difícil, porque, ó nos retiramos demasiado pronto y parece que lo hagamos por ligereza ó por miedo; ó nos retiramos demasiado tarde, cuando ya el amigo se ha apercibido hace un rato de que teníamos conciencia de nuestra sinrazon, y entonces es como confesar que hemos fingido y mentido y que no nos detenemos sino despues de habernos persuadido de que no podemos vencer, al ménos honradamente.

El orgullo nos hace preferir casi siempre una lucha innoble y penosa á una franca confesion de habernos equivocado, ¡Pero cuán castigados quedamos algunas veces!

¡Os acordais de la tortura sin nombre que habeis padecido, cuando en presencia de mucha gente os habeis empeñado impensadamente, y con todo

vuestro amor propio en una discusion infeliz, contra un amigo lógico y elocuente, en una de aquellas discusiones en que no entra la pasión, que no se pueden enturbiar y que ponen á prueba todas vuestras fuerzas intelectuales?

A cierto punto, navegais ya sin brújula y sin timon y os asalta la agonía del naufragio.

¡Os agarrais á todo, arrojais contra las picrnas del contrario todo lo que cae en vuestras manos, hacéis con el pensamiento carreras desesperadas en busca de todos y los más lejanos conocimientos, que os pueden ser útiles; llamais á socorro en todas las regiones de vuestra memoria, y no encontrais auxilio!

Persistís, sin embargo; soltais razonamientos ridículos que os hacen enrojecer al decirlos, ensanchais la tela, repetís, fingís no comprender un razonamiento para daros tiempo de buscar la respuesta, ostentais cierta seguridad, teneis la impertinencia de mover la cabeza con aire de compasion bondadosa...

*
* * *

Pero es perfectamente inútil.

El terreno os falta bajo los piés; las miradas sonrientes y compasivas de los oyentes, entre los cuales buscáis vanamente socorro de vez en cuando, con una rápida mirada, os hacen perder la brújula; ya no razonais, no hacéis más que miserables juegos de palabras que desdeñaríais en boca de otro; no os atreveis á sostener las miradas del amigo que busca en vuestros ojos la conciencia de la derrota.

¿Qué hacer? ¿Como salir del paso?

Intentais arrojar una fórmula de concesion para ver de ablandar al adversario, de detener el ímpetu con que os persigue; pero él ya no tiene misericordia y apricta más brutalmente el lazo arrojado á vuestra garganta.

Confiais todavía en una escapatoria; un amigo que llega, una silla que cae, un ruido en la calle.... Pero, despues de un momento de distraccion, el

silencio del auditorio, os obliga de nuevo á comenzar la disputa.

Confiais en que el adversario, en compensacion de haberos puesto en aquel apuro, cierre improvisadamente el discurso con una frase generosa que deje á salvo vuestro honor... Pero él tiene el diablo en el cuerpo, y parece que le vuelve más feroz el sonido de sus mismas palabras.

¡No hay entónces esperanza de socorro humano!

Sin embargo, todavía os defendeis; cogeis de nuevo los argumentos ya exprimidos para arrancarles, en convulsivo estrujon, la última gota de zumo; pedís explicaciones con voz moribunda, abocados á suscitar nueva cuestion sobre una palabra dudosa.

Pero es tiempo perdido: el amigo se divierte con vosotros, os dá vueltas en la red en que os ha echado, exponiéndoos, como bestia caida en el garlito, á la befa de la concurrencia.

Entonces veis cercanísimo é inevitable el momento tremendo en que ya no os será absolutamente posible dar una respuesta que no sea una palabra vacía de sentido ó una nécia é insoportable repeticion de un argumento ya abusado; el momento en que os vereis atados de piés y manos, pegados á la pared, mústios, alicaidos, impotentes, cansados.....

¡Ah! ¡Si pudiera tragaros la tierra por una hora!
¡Si una bendita sacudida de terremoto, haciendo tambalear el edificio, os librase de aquel suplicio!

—¿Y bien?...—pregunta el amigo.

Sucede un silencio sepulcral.

Y despues, alrededor, un rápido cambio de miradas y de sonrisas discretas, y un ligero murmullo parece que os diga:

—Despachado, muerto, enterrado. ¡Amen!

*
* * *

Muchas malas figuras, en las discusiones con los amigos, se hacen tambien, porque no se repara en el auditorio antes de acriesgarse á hablar.

Es una precaucion que no debe descuidarse jamás.

No importa que todos tengan nombre y cara de amigos. Podeis caer en un nido de víboras y ser mordidos por todas partes.

Apenas os enfraçais en la lucha y os acalorais, veis de pronto á vuestros amigos prepararse diversamente frente á vosotros, aun cuando sean indiferentes del todo al objeto de la discusion.

Los que no tienen ningun resentimiento contra vosotros, os aprueban si teneis razon y callan cuando os falta.

Los que tienen contra vosotros algun rencor secreto, lo muestran irresistiblemente en la cara y en el continente.

Todas las antipatías ocultas se revelan.

Todos los que tienen alguna cuenta de amor propio que ajustar con vosotros, se aprovechan de tan propicia ocasion.

Si teniendo razon, pero necesitando tambien socorro, solictais su asentimiento con los ojos, ó no encontrareis su mirada, ó la encontrais distraída; si teneis razon y estais á punto de ponerlos sobre el adversario, ellos se interponen ruidosamente, convirtiendo la disputa en broma, os suben á los hombros, os obligan á desperdiciar fuerzas y os arrancan la victoria de la mano de cualquier modo.

Si no pueden montarse sobre vosotros de otro modo, os quitan ánimo con toda suerte de espresiones hostiles ó contracciones de la cara y duplican las fuerzas y la audacia del adversario, con una aprobacion, tanto más viva cuanto ménos sincera, de su más insípido epigrama ó de su más deleznable argumento.

*
* *
*

Tenedlo presente.

Algunas veces tambien los amigos hacen nacer una discusion para azuzar en contra vuestra y realizar por su medio una venganza, á un amigo notoriamente mejor armado y más fuerte que vosotros en aquel asunto.

Vosotros os medís, sin saberlo, con una especie de sicario de la discusion, apoyado por un peloton de ayudantes enmascarados que aguardan vuestra caída para destrozaros.

Muchas veces tambien, dos hombres de ingenio y de corazon, dos buenos amigos, enfrascados en una discusion, sirven de chacota, sin apercibirse, á la tertulia que les aplaude; las frases que se arrojan uno á otro en aquellos pocos momentos de acrimonia, son recogidas y guardadas, sirviendo, tiempo despues, para enemistar á los dos adversarios de un momento.

Sucede con frecuencia tambien, que en cierta tertulia de amigos os esperan hace varios días. Os han preparado una emboscada. Todos están de acuerdo para lanzaros en una discusion para la cual están preparando hace tiempo los argumentos, los documentos y las réplicas.

Si á las primeras palabras de la discusion descubriés entre ellos una "correspondencia de amorosas miradas" no muy natural en una reunion numerosa, estais advertidos á tiempo: os están cercando para que caigais en sus manos.

No se mirará jamás lo suficiente el aire del lugar y de los concurrentes, antes de aventurarse en una discusion que os obliga á descubrir los flancos y la retaguardia.

Y no es de creer que, cuando no se tiene razon, se pueda tener oculto á los oyentes inexpertos ó profanos en la materia, porque pueden ser tan ignorantes como se piensa, pero mirando rápidamente, bien á uno, bien á otro de los adversarios, cuando los hierros están calientes, todos á una tienen un arte diabólico para comprender aquello en que los dos se hallan ménos fuertes: el que tiene razon y discute de buena fé, se reconoce siempre y por todos en la mirada más clara, los labios más cerrados, en no sé qué más sólido y más tranquilo que se per-

cibe en su discurso, aun bajo la violencia de las palabras.

¡Ojo al auditorio en las discusiones; aun cuando sea reducido y familiar, encierra todas las insidias y todos los peligros de una sala de teatro!

*
* *

Con el tiempo se logra también juzgar las dificultades y los peligros de los objetos de la discusión, apenas se presentan; cosa utilísima para dejar á salvo la amistad.

Desde los quince á los treinta y cinco años, un hombre ha tenido medio de conocer por experiencia, casi todos los géneros de argumentos y de clasificarlos *in mente*.

Al presentarse por vez primera una discusión, dice entre sí:

—Clase tal. Avancemos tranquilamente.

O bien:

—¡En guardia!

Entre las discusiones peligrosas, por ejemplo, tienen un puesto preeminente las cuestiones de gusto, en las cuales, no pudiéndose aducir razones determinadas y positivas, se recurre con mucha facilidad á las palabras envenenadas.

Decir al amigo: